PQ8549
.A665
D5

DISCURSOS LEIDOS EN LA ACADEMIA VENEZOLANA

PEDRO ARISMENDI BRITO

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

BOOK CARD

Please keep this card in book pocket

DISCURSOS-LEIDOS-EX

PARTIAL TITLE

COPY

THE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

LUX LIBERTAS

ENDOWED BY THE DIALECTIC AND PHILANTHROPIC SOCIETIES

PQ8549
.A665
D5

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/discursosleidose00aris

DISCURSOS

LEIDOS EN LA

ACADEMIA VENEZOLANA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PUBLICA DEL SR. DR.

D. PEDRO ARISMENDI BRITO

EL DIA 6 DE MAYO DE 1906

7577

CARACAS
IMPRENTA NACIONAL
1906.

In.

PG8549
.A6 65
D5

DISCURSOS

LEIDOS EN LA

ACADEMIA VENEZOLANA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PUBLICA DEL SR. DR.

D. PEDRO ARISMENDI BRITO

EL DIA 6 DE MAYO DE 1906

CARACAS
IMPRENTA NACIONAL
1906.

DISCURSO

LEIDO POR EL SEÑOR DOCTOR

D. PEDRO ARISMENDI BRITO

EN EL ACTO DE SU RECEPCION PUBLICA

EL DIA 6 DE MAYO DE 1906

Señores Académicos:

Al pisar esta tribuna tengo, mal mi grado, que aparecer desprovisto de toda modestia, como que mi envanecimiento, por mucho que quisiera vituperárselo, resultaría siempre con sobrada justificación, al ser obra exclusiva de vuestro reposado libre arbitrio. A la verdad mi elección, por lo inesperada, me autoriza para medir su merecimiento, sin curarme de los desconfiados escrúpulos que hostigan mi conciencia, únicamente por el volumen de vuestra rectitud é idoneidad, reconocidas grandes, no sólo en Venezuela, sino en la madre Patria y en toda la vastísima extensión en que tiene culto y escuelas el habla de Castilla.

Ahora diez años ciertamente pretendí tan señalada honra, pero bastó su curso para obrar en mi ánimo el total desistimiento y hasta el olvido absoluto de mi pretensión. La verdad, entre tanto, había descendido á mi conciencia y héchome ver la exigua base con que contaba mi ambición: por eso, á la propuesta preliminar que últimamente me fué dirigida, contesté con toda cordura que hallaba inconducente mi elección, é insinué la conveniencia de hacer caer tan brillante lauro sobre los negros cabellos de un joven capaz de sentir el acicate de la gloria. Más de seis nombres indiqué á vuestro honorable secretario, á cual más digno de tener puésto en esta docta Asamblea y de alternar airosamente con vosotros. Insistísteis, invocando razones á las que, no habiendo resistido por flaqueza humana, no me está bien tampoco referirme, y acepté la imposición de tan alta gloria en momentos en que estas mismas palabras se me antojaban ya sólo estériles esfuerzos comparables á las fulguraciones que de trecho en trecho sacude toda llama que espira.

Pero debí creeros y acataros, y he ido hasta el extremo de consentir en reemplazar al señor Don Manuel Fombona Palacio, sabio á quien nunca lamentaréis lo bastante, varón que reunía todas las prendas que dan gloria por conferir honor. ¡Y soy yo quien va á sostituirlo, soy yo quien ha de arrancar los crespones que cubren su silla, para sin temor ni respeto ocuparla! ¡Y ello aun sabiendo que la Academia madre, por órgano de su digno Secretario, lo reconoce y confirma *dignísimo académico!*

Tal profanación, señores, me haría titubear, si el empeño de sincerarme á mis propios ojos, no me trajese al pensamiento la sutileza, si se quiere, de que mi inferioridad va á servir eficazmente para guardar viva aquella ilustre memoria; ya que, cada vez que veais como no he correspondido á vuestras esperanzas, tendréis necesariamente que echar de menos la sabiduría y discreción del colega desaparecido. Y esas dotes á la verdad eran muy grandes en él. Muchas ocasiones tuvísteis de comprenderlo. Recuerdo, entre otras, la presentada por aquel bello discurso en que demostró una pasmosa erudición casi inconcebible en sus años.

Luégo, poeta eximio, sus obras se acercan y aun igualan á las de no pocos insignes vates españoles antiguos y modernos; mientras que en su prosa brillan siempre un exquisito gusto, un profundo conocimiento del idioma y una atención constante á la propiedad y precisión de la palabra.

Nuestra admiración, con todo, no debe limitarse á las dotes de su vasto entendimiento, por más que una adorable modestia las hiciese de todo punto cautivadoras. Ellas, en verdad, no logran aparecer superiores á las de su gran corazón, albergue de santas virtudes, cuya asidua práctica llegó á constituirle en un insuperable modelo de hijo, de hermano, de esposo, de padre, y de cumplido caballero y buen patriota.

Urgido por este último generoso sentimiento nos presenta una nueva faz, también muy honorable. Llevando en sus venas la sangre de los sublimes llaneros que secundaron á Páez, creyó de su deber adoptar la carrera pública, y lo hizo eligiendo un ramo en el que pudo

servir eficazmente á la Nación, sin el reato de una apasionada ingerencia en las parcialidades que crónicamente devoran la República. Al estudiar sus actos y gestiones oficiales, se ve que siempre tuvieron por móvil el amor á aquélla y el celo por su honra.

Aquí, si no os enfada, habéis de permitirme que, sacudiendo toda modestia, me jacte sin rebozo de que, en punto á patriotismo, sí me siento capaz de reemplazarlo, como también, al considerársele ferviente amartelado al idioma de Lope y de Cervantes.

Y no os sorprenda; porque desde la infancia puso en mi espíritu ese cariño el señor D. J. Silverio González, escritor y sabio maestro cumanés, harto conocido, para que con una digresión pueda insinuar dudas sobre lo extenso de su merecida fama.

Con tan buena base, apasionado después al estudio de algunos idiomas muertos y vivos, adquirí limitadísimos conocimientos, de los cuales, tengo sin embargo que arrancar para esta pobre disertación.

Hallo, señores, que los idiomas no se fijan completamente, no alcanzan toda su riqueza y galanura, sino cuando la gloria militar los hace intérpretes de una bandera temida, por victoriosa, cuando la conquista ha arrancado á mares y pueblos todas las imágenes y expresiones necesarias para celebrar, con pompa y atractiva perspicuidad, cien y cien hazañas que se intenta dilatar así en el tiempo y en el espacio. A la inalterabilidad de la bandera establecida por el poderío y la gloria, corresponde, como su reflejo, la fijeza del lenguaje que los refiere ó canta.

El griego, así, sólo llega á toda su perfección, cuando, por haber demostrado los compañeros de Milcíades y Temístocles, que doce ó catorce mil de ellos eran bastantes para vencer á los millones de soldados que la Persia podía equipar y lanzar sobre la Hélade, Atenas que era, puede decirse, el alma de ésta, se propone y consigue al fin hacerse señora del Egeo y del mar Jonio, á la par que el objetivo de todas las miradas, la caja de todas las riquezas, y el foco deslumbrador de la filosofía y de las artes, arrebatadas ciertamente á los otros pueblos, pero llevadas á la perfección por ella. Sí, fue en-

tonces, cuando, completo su Olimpo de dioses asociados á Victorias aladas, los himnos de cien poetas y las arengas de otros muchos oradores exaltaron la gracia y majestad del idioma, creando en él, por decirlo así, otro Olimpo, al que tendrían que referirse todas las literaturas posteriores; á tal punto, que no abre Lascaris los labios para recitar los versos de Sófocles, ó la prosa de Demóstenes, sin que las letras, muertas hacía ya largos años, resuciten de súbito y alcancen á poco la inmensa vida del Renacimiento.

Gracias á su perfectísimo idioma, este pueblo privilegiado nunca parece vencido. Roma lo subyuga, pero él conserva el aspecto de vencedor, desde que las clases elevadas de esa Metrópoli no reputan culto, ni pulido á quien no sea capaz de entender á Homero y á Píndaro. Después, juzgado el más sabio y expresivo, sus voces sirven para bautizar todos los progresos de las artes y las ciencias, y merced á esta continua evocación del acento de Pitágoras, de Platón y Aristóteles, se siente que aun flota sobre el mundo el espíritu de Atenas.

Así también Roma tiene Hortensios y Cicerones, Virgilios y Horacios, cuando, victoria tras victoria, subyuga á todos los pueblos, aprisiona en el Capitolio á todos los Dioses, roba finalmente á Grecia todas sus fábulas y las creaciones de sus inspirados, y las dá al mundo en una lengua majestuosa, acordada en expresión y armonía á la gravedad de su Senado, y al irresistible poder de su pueblo. ¡Y que raíces inmortales y persistentes no logran ser aquellas cuatro letras, que fueron la cifra de esas dos potestades, cuando, aun destruidas éstas, se dilatan con el idioma en nuestra Religión, en la Jurisprudencia, y en el espíritu de cuatro ó cinco Pueblos, surgidos, antes que todo, para eternizar la gloria latina, y fundar en ella esa unidad que viene presentándolos, como una raza capaz de disputar y obtener el imperio del Mundo!

La madre patria, á su vez, logra enseñorearse del Orbe, reuniendo bajo su cetro las Españas, la Italia, la Alemania, borrando la intrusión de los moros, aprisionando al monarca francés, venciendo á los turcos, y haciendo flotar bajo cielos desconocidos é insospechados la

enseña vencedora últimamente en Toro y en Granada; realizando, en una palabra, sin exageración ni vanagloria, el feliz aserto de que *"en sus dominios no se ponía el sol."* Y es casi en ese momento, cuando aparecen los Leones, los Granadas, los Lope de Vega, los Cervantes, los Quevedos, hablando con toda fluidez y gala aquel sonoro idioma que Carlos V, el rey polígloto, decía ser el apropiado para hablar á Dios, y el exclusivo, por consiguiente, en que debían entenderse los pueblos de aquel tiempo en los tratos y relaciones que tienen por testigo y garantía al alto poder que dá y niega á su sabor la victoria y el predominio. Y á esa lengua también le fué asegurada la inmortalidad, cuando, coincidiendo con el período de su perfección, las Carabelas de Isabel y Fernando descubren un vasto mundo en que establecerla y dilatarla.

Recibió entonces esta parte de la América, con la imposición del yugo colonial, la del lenguaje religioso y caballeresco usado por los místicos y dramaturgos españoles y como no se domina completamente, sino cuando se extirpa el idioma de los vencidos, fue desde el primer instante la asidua labor de autoridades y misioneros hacer que el español, generalizándose, ahogase y sumergiese en absoluto olvido, los dialectos indígenas, que por múltiples eran limitados á pequeñas jurisdicciones, y, por no escritos, carecían de la fijeza que pudiera haberles dado resistencia y vida. Logróse efectuar así una irredimible conquista, contra la cual aparecen sin eficacia las armas y las victorias. Prueba de ello, las repúblicas del continente: reconocidas como Naciones soberanas en todo el mundo, han seguido, por influjo del idioma, siendo españolas. No con otro gentilicio nos llama el extranjero que nos oye, ni nosotros mismos dejamos de corroborarlo, cuando con dulce cariño, llamamos madre á la lejana Península. Y demasiado gloriosa es en la Historia tal maternidad, para que nuestros nombres y nuestra sangre resistan al envanecimiento de reivindicarla, á pesar de toda emancipación y todo republicanismo. Las madres, en especial las que trasmiten su fe y enseñan sus oraciones, jamás son olvidadas ni desconocidas.

Verdad es que este suelo recibió de esa madre el

idioma en toda su pulcritud, pero no deja de serlo también, que se ha empeñado en conservársela, rehuyendo desfigurarlo ni en las dicciones ni en la sintaxis. Sencillos nuestros padres, sin blasonar de literatos y viviendo muy distantes de la Córte, estuvieron siempre fuera del influjo de las innovaciones y modas que privaban en ella. No conocedores, por otra parte, de idiomas extraños, viéronse reducidos á pensar inevitablemente en español, sin que nada pudiese incitarlos á sostituir las expresiones vernáculas con nuevas que, si no por otra causa, por la costumbre, habían de decir y valer menos á sus ojos. De los dialectos indios no podían tomar sino lo imprescindible: nombres de plantas, de frutas, animales y hábitos peculiares del terruño, para los cuales no se encontraba equivalencia en español.

No es difícil comprender que la mayor pureza de un idioma, debe buscarse entre los individuos que lo poseen exclusivamente, porque cuanta promiscuidad exista en el pensamiento se desliza por instinto en la expresión. ¿Quién de nosotros no sentirá que un vocablo exótico ocurre á la lengua antes que el nativo eclipsado ó extraviado en la memoria?

De allí que Venezuela pueda vanagloriarse, hasta su constitución en nacionalidad independiente, de no haber siquiera expuesto la forma castiza en que recibió el habla de los conquistadores. Aun después, cuando en el mundo se estableció la necesidad de estudiar idiomas, no abandonamos el celo por ella. Ya al erudito Martí y á otros visitantes les ha llamado la atención que nuestros sirvientes de uno y otro sexo se expresen con cierta propiedad y empeño de corrección; y ello que no han visitado nuestras provincias orientales, donde hubieran podido oír graciosos arcaísmos y modos de decir, que les habrían hecho recordar á los hablistas del Siglo de oro.

¡Por no conocerlos yo, cuántas veces oyéndolos creí en la ignorancia de los que me hablaban, y cuántas, después, no tuve que convencerme de la mía! Una vez, por ejemplo, oí á un humilde hombre de Cumaná que, habiéndose dirigido á pedir justicia á la autoridad militar, volvió diciendo que no había podido obtenerla, porque un *espatario* rechazaba á todos de la puerta.

Comprendí ciertamente que se refería á un hombre de espada (*spatha* en bajo latín), y hasta juzgué la expresión un derivado de buena ley; pero como no la hallé ni siquiera en los léxicos latinos, la tomé por una invención antojadiza de aquel hombre sin mayor cultura. Juzgad, pues, mi sorpresa cuando, años después, ví en Saavedra Fajardo aquellos *condes espatarios* que hacían la guardia en la antesala de los Reyes godos, con la espada desnuda, circunstancias todas que concurrían en el oficial aludido por mí presunto ignorante.

Otra vez, yendo de viaje, me despertaba una pobre campesina, diciéndome: "*Levántese, señor, que ya quiebra el día.*" Me reí, viendo que la buena mujer conservaba la afinidad de *romper* y *quebrar*, hasta en el lenguaje figurado, pero más tarde leyendo el romancero, encontré aquellos dos pintorescos octosílabos:

"A priesa cantan los gallos
E quiere quebrar albores"

Una de mis parientas solía llamar *tornillazos* á los chascos que sufría, y yo lo tuve por antojos de su ignorancia, hasta que leyendo á Calderón, tropecé con dicho vocablo usado idénticamente.

Cuando los chicos de Cumaná, mis contemporáneos, decían: "Mas que no lo haces", por "á que no lo haces," hablaban como las damas y los galanes de Tirso y de Rojas.

Recuerdo, además, haber oído en el lenguaje corriente de las provincias mencionadas infinidad de voces castizas, cuya aplicación aparece en el primer momento desatinada, por ser ya de poquísimo uso en el lenguaje pulido, y más aún por no hallárselas casi nunca en el impreso. Ocúrrenme ocasionalmente, como muestras, los sustantivos arete y arillo [por zarcillos], limeta [por botella,] madre [por materia prima], yema [por lo que decimos hoy crema], puño [por puñado], temperamento [por término medio entre varios pareceres], manquera [por defecto ó falta en general], antipara por mampara, trapiches, que algunos convierten en trapicheos [por tratos], sesma [por sexta parte,] etc., etc. Si se quiere, adjetivos tenemos: alerto [por avisado], espacioso [por lento],

facultoso [por rico], embarazado [por pasmado, perplejo], quito [por exonerado], ventoso [por vano], vicioso [por exuberante], matrero [por astuto], etc., etc.; verbos mencionaré á la ligera: catar [por mirar y pensar], mercar, aguaitar, mancar [por frustrar], arrestarse [por resolverse á resistir], mentar, salir [por resultar], etc., etc. Y dato curioso! Allí hasta cuando se disparata, percíbese en la corrupción de las palabras cierta aspiración á una elevada casticidad. Así *encetar* [estrenar], resulta ser el culto *encentar*, y la frase chabacana *á la somosmuco* no es sino la correcta de *á lo somormujo.*

Los frecuentes pleonasmos, chocantes ya para algunos, bajar abajo, subir arriba, salir afuera, hallan justificación en clásicos consagrados; y los modismos, ser la mapa, ir ó venir á pura pata, hacer la cama, dar un jabón, y muchos otros, que algunos tomarían por expresiones antojadizas del vulgo, se encuentran en los Quevedos, los Tirsos, los Zárates, los Figueroas, los Hurtados de Mendoza, etc.

¿Quién no creería frases absurdas por inconexas: vivir de par en par, echar la llave [por cerrar], arrancar á huir, tomar un camino en peso, y otras que oímos á cada paso? ¿Y á quién no ha hecho sonreír la rudeza de los campesinos que dicen: dar un ción [por un acceso de fiebre], tener aparejo [por tener aptitud] y en opósito, á la iguala y hasta un frasis[por una manera enérgica de hablar]? Pues todos esos modos de explicarse se encuentran en el inmenso tesoro que llamamos Biblioteca de Rivadeneyra.

Pero que más, señores, el cono de azúcar bruto, elemento peculiar de nuestra alimentación, tiene quizás un nombre de clarísimo abolengo, como que puede venir, nada menos que de la célebre Universidad de Salamanca. Así podrá comprenderlo cualquiera á quien caiga en las manos la comedia de Rojas Zorrilla, titulada: *Lo que deseaba ver el Marqués de Villena*, donde se halla, con toda explicación, que los estudiantes de aquel Claustro llamaban *papelones*, á ciertos cucuruchos de papel, en los cuales se había vaciado una ó más libras de conserva. La analogía aparece bastante clara, si se reflexiona sobre lo que fueron, según la tradición, nuestros primitivos pa-

pelones, ó simplemente se conjetura la primera horma que debieron tener.

Y ninguna de las observaciones hechas es difícil de explicar. Los pobladores de esas provincias empezaron á venir al promediar el siglo XVI y pudieron, por consiguiente, traer ediciones del Romancero, de Garcilaso y de algunos místicos. De niño recuerdo haber visto, encuadernados en piel cruda, muchos libros piadosos de aquellos tiempos y los inmediatos posteriores, entre los cuales se encontraban, además de un viejísimo Romancero, ya con algunos romances moriscos, tal vez la edición de 1.511, las obras de San Juan de la Cruz y de otros eclesiásticos. Estas últimas que, como es sabido, se leían piadosamente en familia, enseñaban el lenguaje al servicio, que lo trasmitía con el trato al resto de la población. No pudo, pues, haber corruptela, ni comercio de términos vulgares ó de baja institución; porque donde quiera se hablaba exclusivamente como se oía en el trato doméstico. En cuanto á términos técnicos, de que pudiera haberse hecho expresivas metáforas, como nuestra limitada instrucción no alcanzaba á las ciencias, ni los necesitábamos ni los conocimos.

¡Qué contraste con lo que ocurría entonces en la madre patria! Allá, como la perfección es por índole el punto de partida de la decadencia, en fuerza de que, llegados á la cumbre, cuanto paso demos adelante es descenso y acaso también por ser ley de las civilizaciones maduras, que lo que ellas creen progreso en las costumbres, sea más que todo su corrupción, la cual alcanza, como es natural, hasta el idioma que bien puede reputarse un hábito. Allá, repito, después de haber llegado el castellano á la noble fijeza que le dieron los Lopes y los Cervantes, tuvo que sufrir la irrupción de los Góngoras, los Gracian y los Matos Fragoso, tan contraria á aquella índole original pue parece haber presidido su formación, en la que palpamos casi, que se atendía con todo ahinco á la facilidad y á la sencillez. Las letras así tienen un sonido fijo, la prosodia no admite acentos que fatiguen la respiración, y á las contorsiones del hipérbaton latino, es preferida la naturalidad ideológica de los dialectos rudimentarios y tal vez no escritos que, conjuntamente con

aquella lengua, debieron hablarse en la Corte de Toledo y más tarde en los campamentos de Asturias.

El Culteranismo, hijo de la erudición, pretendió que ésta predominase, y tomó á empeño latinizar más y más el idioma. Para ello introdujo de repente palabras de alto coturno, trasposiciones que hubieran maravillado al mismo Cicerón, en una palabra: todo un exuberante lujo de retroceso á la época en que Lucano, conterráneo de Góngora, deslumbraba con la ostentación de sus metáforas penachudas, si se me permiten una expresión de Jovellanos y una imagen de Aristófanes, y más tal vez, con sus incisos retorcidos, nebulosos y relampagueantes.

Cundió la moda, y casi ningún escritor castellano dejó de pagarle tributo, más, como insinúa Saavedra Fajardo, por la vanidad de lucir erudición, que por desconocer que se fomentaba un abuso. Pero tal desbordamiento no llegó á medrar en América, aunque por un instante amenazara á las Cortes subalternas de Méjico y el Perú. Nosotros no pudimos sentirlo ni remotamente, ora por lo circunscrito y raro de nuestras relaciones con el resto del mundo, ora por el desabrimiento con que siempre se nos vio desde la Península, donde, según parece, se creía que á la colonización le bastaba aumentar el poder de España, sin curarse de la cultura de los colonos.

Por otro respecto, sin vida cortesana ni galante, reducidos, casi á la piadosa del hogar, nos libramos también del conceptismo de Ledesma y aun del discreteo de la frase etc., de tal modo que, si entonces hubiéramos tenido un poeta, dado ese peculiar conocimiento del inalterado lenguaje que habíamos recibido, de seguro que hubiera imitado la naturalidad y sencillez de Fray Luis de León.

Estacionados en tan arraigada pureza, nos sorprendió la guerra de nuestra emancipación y se vio, para comprobar lo asentado, que sus hombres prominentes se expresaban en el español mas puro y perspícuo. Bello, que fue después el más consumado conocedor del idioma, escribía entonces la celebrada silva á la Zona Tórrida, y Bolívar, tan brillante escritor como gran Capitán, y Roscio y Zea y Ramos, etc., dejaron escritos que no van

en zaga á los más elocuentes y atildados del ingenio peninsular. Continuada esa tradición, tuvimos después la inolvidable éra de 1830, y en ella á los Arandas, los Espinales, los Landeres, los Guzmanes, los Gutiérrez y cien otros. Baralt, para gloria de Venezuela, fué á demostrar en Madrid, hasta qué grado se conservaba incólume entre nosotros la pureza del lenguaje de Mariana y de Solís. Después tuvimos maestros como Toro, como los González, Juan Vicente y José Silverio, como los Mendozas, Cristóbal y Juan José, como Carreño etc., que nos lo hicieron amar y crearon esa pléyade de escritores y poetas fáciles y dulces, que, conjuntamente con Maitín y Lozano, contendieron hasta ayer mismo por el lauro de las buenas letras.

Es sólo hoy cuando vemos despertarse entre nosotros una tendencia á la perversión del lenguaje. Por fortuna viene desacreditada por sí misma, desde que, con meritoria franqueza, no vacila en llamarse *decadentismo*.

Lejos de mí admitir que un temerario dogmatismo, más presunción que sano criterio, ponga coto ó embarazos á las legítimas arrogancias del talento, si con ellas logra ser más expresivo y comprensible. Ya las tuvieron, y muy justamente celebradas, todos los grandes escritores, desde Esquilo hasta Víctor Hugo; pero una cosa es lo racional, lo que va directa y fácilmente á la inteligencia, presupuesto de toda comunicación verbal ó escrita, y otra lo que antojadizamente fantasea cada quien al tomar la pluma. Por desgracia, en tal coyuntura no siempre querer es poder, y á menudo hay gran espacio de proponerse decir algo á lograr decirlo efectivamente.

¡Y cuántas veces leyendo autores que, á ojos vistas, escriben en la embriaguez de una candorosa vanidad, no nos quedamos con el cerebro vacío y hasta cierto punto conturbado! ¿Cuántas, el empeño de los mismos en lucir una erudición, por cierto muy mezquina ante tamaño propósito, no nos pone en el caso de ocurrir á léxicos extranjeros para alcanzar lo que ha querido decirse? En estos últimos tiempos, especialmente, no falta quien rehuya escribir un español humano, inteligible, puro en una palabra, por preferirle un casi-dialecto, que debe ser divino, ya que nadie sobre la tierra podría *razonablemente* entenderlo.

Alegan el ejemplo del Gongorismo, que logró perseverar por más de un siglo, pero sin darse cuenta de que semejante secta literaria no obró tan caprichosamente como se cree. Ella partió de que, siendo el latín la fuente principal del español, era singular, por cierto, que se lo hubiera reducido tanto en el hipérbaton, y en el uso de muchas expresiones graves y cultas que podían ennoblecerlo. Se propuso, pues, llevar el idioma á una eminencia para cuyo acceso se necesitaba un grado de cultura, muy general por entonces en la alta sociedad española; y su obra, en consecuencia, no fue perdida por completo. En el lenguaje quedaron muchas voces á que, por expresivas ó elevadas, hubo que dárseles carta de naturaleza, y puede muy bien asegurarse que se tomó así algo que se echaba ya de menos.

Pero ¿qué tomaríamos del decadentismo tan pobre, tan amanerado, tan incorrecto? ¡Preferiríamos los derivados insonoros con que se sustituye á los más pintorescos genitivos, diciendo: vg: la luz auroral, por la luz de la aurora, una flor edenal, por una flor del Edén?

¿Admitiremos á destajo la terminación *triz*, limitada en latín á determinados nombres femeninos, correspondientes á masculinos en *tor*, y diremos adoratriz, protectriz, institutriz y acaso con el tiempo hasta planchatriz? ¿Estenderemos el abuso hasta usar esa terminación con el carácter de adjetivo, estableciendo un nuevo género de éstos, muy singularizado por sus dos tan diversas terminaciones, ya que, para evitar solecismos, tendremos que decir: dardo volador y flecha volatriz?

¿Haremos de adjetivos, ya derivados de nombres abstractos, otros tales que sirven para introducir una palabra más larga, extraña y supérflua, ante la de su mediato origen, como rencorosidad y pomposidad, por rencor y pompa, y también, de idéntica suerte, influenciar por influir, conmocionar por conmover, soñaciones por sueños ó ensueños, etc. etc?

¿Los que sabemos que la forma neutra del adjetivo dá el significado preciso del abstracto que pudiera originarse de él, le preferiremos un derivado poco eufónico y escribiremos: la exquisitez de un manjar, la indomitez de su carácter, por lo exquisito, lo indómito, etc?

¿Estableceremos como una gala la posposición de los epítetos que, ya con la anteposición indican lo intrínseco de la cualidad, y diremos: miel dulce, nieve blanca, violando una ley ideológica, peculiar del español, que se esmera en ser propio y preciso con la varia colocación del adjetivo?

Sin respeto á esas dos prendas del lenguaje, ¿lo alteraremos tan profundamente, que digamos lujurioso por lujuriante y joyel ó joyero por guarda-joyas?

Porque en francés los adverbios en *ment* no suprimen esta terminación, cuando van en serie, ¿haremos una letanía monótona y campaneante, contraria del todo á la índole de nuestro idioma, enemigo de aliteraciones y cacofonías como las hay al decir: el general obró prudentemente, hábilmente y oportunamente?

¿Presentaremos la botarga de un francés españolizado, admitiendo términos que redundan, por tenerlos nosotros tan expresivos y cultos, y usaremos de primar en vez de aventajar, de banalidad por trivialidad, de constatar por hacer constar, etc? ¿Iremos en este abuso hasta no observar que el afrancesamiento suele producir vocablos que existen en español castizo, con muy distinta acepción de la pretendida, y llamaremos al vino, capitoso, adjetivo que para nosotros vale tanto como *testarudo*, y al buen aire ó apariencia física, *prestancia*, que ya desde el latín significa sólo excelencia? Porque en francés se dice *les seins*, ¿incurriremos en el contrasentido de hacer que el plural de nuestra palabra *seno* que significa desde su origen cavidad, concavidad, nos dé la equivalencia de las dos convexidades que se pretende significar?

¿Y habremos de tolerar todos esos desatinados antojos los que sabemos que el español es, cuanto más castizo, más bello, según lo prueban Zorrilla y Núñez de Arce en el verso, y Zea, Cecilio Acosta y Montalvo en la prosa?

Si se me dijera que tales abusos toman su origen en el poco conocimiento que se tiene del español, yo replicaría que lo creo debido más á una preferencia por el francés rayana casi en deslealtad. Por supuesto, que

para esta atenuación tengo que olvidar adrede la tan donosa como efectiva receta propuesta por el erudito señor Febres Cordero, para hacer escritores extravagantes, es decir, no reconocidos como serios, en ningún pueblo ni en ninguna época.

Esa Babel de español y voces francesas, hace ya colegir que el decandentismo no llegará á escuela literaria, sino que se reducirá á ser cuando más, una moda que, como tal, encontrará en su propia dilatación el desdén y el abandono. Si no hace retroceder el lenguaje á otro más sabio en la forma del Gongorismo; si, por eso, no requiere estudios previos ni detenida meditación; si no se cura de observar que, por limitarse al uso de determinadas palabras y formas, y con ellas á una uniforme violencia del estilo, se ha circunscrito á un amaneramiento que resulta monótono, en definitiva; ¿cómo, al favor de tantas holguras, impedir que se trivialice? ¿Cómo, luego, alcanzarle aquella originalidad que podría ser su justificación?

En efecto, desde el momento en que, protestando buscar ahincadamente el arte, se establece, con la más contradictoria aserción, que el de escribir es la rebeldía á toda regla, y que puede, sin más, ni más, tomarse por de buena ley, cuanto se viene á la pluma; desde ese instante, bien se concibe, no hay quien no pueda ser escritor, y hasta literato, si se tiene presente que esta voz no significó en su origen sino el que sabía hacer bien las letras. No quiero callar que tal generalización cobra fuerza en las caídas del espíritu, obradas por las crisis en que el trabajo escasea. Entonces los sobranceros, por virtud á no dudarse, dedican todo su tiempo al cultivo inocente y consolador de las letras: la abundancia de frutos se toma luego por excelencia; pero, á pesar de sentirse un choque inmenso de rimas y un vasto fragor de palabras, nadie puede convenir en que haya literatura, puesto que esta expresión antes supone estudios que facultades.

Si no bastara el testimonio de Villemain, que reconoce ese recurso del espíritu como una derivación del malestar social, ahí está la madre patria que nos pre-

senta la prueba. En la historia de su literatura se tropieza con un período por demás curioso: ha muerto Calderón, y para sostituirlo se ha desatado sobre la Península, un verdadero alud de poetas, en especial dramáticos, que no bastando aisladamente para ofrecer productos rápidos y abundantes, van hasta formar verdaderas sociedades de explotación ; y se escribe día y noche sin curarse ni de criterio ni de propósito. Y tal desbordamiento coincide con las desgracias de estar Carlos II en el trono, y de ocurrir Villaviciosa en las armas. España parece entonces adormecida en un resignado fatalismo, y su espíritu sin vigor se disipa en interminable prodigalidad de sutilezas y extravagancias, estilo llamado por algunos de rosicleres, pero que, con más propiedad, diríase de ruido, de alambicamientos y lindezas, á tal grado que, roconociéndolo sus propios cultivadores, no dudaron poner en boca de algunos personajes la propia crítica : así, un palurdo, en una de las comedias de ese tiempo se admira de *que haya gentes, que sólo por decir algo, digan lo que ellas no entienden.* Ya Rojas, por boca de un gracioso, había dicho también : "*No importa que hablar no sepas pulido, como hables claro.*"

La vitalidad, no sin achaques, que ha tenido hasta ahora el decadentismo, se explica por diversas causas naturales todas, pero que ya de sí revelan la imposibilidad de su progreso.

La primera, sin duda, es que el gusto por la sencillez no parece prenda de la juventud incipiente, quien por índole ama lo raro, lo subido de color, lo extremo, como se observa á cada paso en su culto á la moda. Ella preferirá siempre el estilo fragoroso y campanudo al estilo llano, por más que solo en éste quepan lo sublime y lo patético, y por más que sea siempre la obra esmerada de juicios serenos que tienen por norte principal hacerse entender fácil é inmediatamente. Sólo, después de haberse desvanecido la feliz petulancia de tan hermosa edad, nos viene, por fin la comprensión de ese criterio inmemorial, invencible persistencia de la razón, que requiere invariablemente la sencillez y la claridad, como las virtudes primordiales del estilo. ¿Quién, llegado á la

madurez no se ha reído de las extravagancias de sus primeros años?

En segundo lugar, las decadencias literarias, como que contasen con la modesta desconfianza que reside en el entendimiento humano y lo induce á cierto respeto por la oscuridad de las concepciones incompletas, paradógicas ó confusas, en el temor de que pueden ser tan elevadas ó tan profundas que se escapan á la comprensión ordinaria. ¿Qué decadentista no puede decir que para entendérsele es preciso tener su talento, y dónde hallar premisas para replicarle airosamente?

Por último la confraternidad sectaria, urgida por la innata é invencible desconfianza que trae la carencia de firmes conocimientos, siente imperiosa necesidad de elogios que contribuyan á librar á los neófitos de todo recelo acerca de su naciente fama, y de ahí que sin más ni más se les prodiguen, so color de propaganda ó á guisa de estímulo. Como tales elogios son una deuda que se paga al presentarse la ocasión, hay momentos en que se generalizan de tal modo que el vulgo los juzga fundados y serios y adhiere al aplauso, sin más conciencia quizás que el deseo de no aparecer rezagado en una moda reputada honorífica. Y, cuando digo vulgo, no me refiero simplemente al desacreditado por Lope de Vega, en su Arte nuevo de hacer comedias, sino también al que Feijóo encuentra en todos los estados y condiciones, sin excluir á muchos que la dan de autoridades, no teniendo más erudición que la recogida ocasionalmente en una limitadísima lectura, críticos silvestres que dijera el donoso autor de Fray Gerundio. Ellos, sin la sana doctrina que forma el buen gusto, y versando sus juicios sobre temas muy manoseados, por lo general declaraciones y querellas de amor, pinturas de la aurora ó de la tarde, hallan naturalmente plausible originalidad en toda hipérbole estrambótica y en toda metáfora enigmática; pero ellas jamás perduran: son flores que mueren al darles la luz.

Esas tres complicidades no harán, empero, que el vulgo adopte jamás tal lenguaje, para expresarse corrientemente, ni de conjeturar es que pueda llevárselo hasta la oratoria. Ya gracioso en extremo es imaginar la persua-

sión obrada por conceptos que, á todas manos, necesitarían interpretación, ó concebir el sublime y el patético expresados en los términos del reciente *Himno á la luna.* El decadentismo se asfixia por tal manera en su propia estrechez, y ya se ve á los jóvenes de verdadero talento que por un instante lo adoptan, desdeñarlo á poco, y preferirle el lenguaje terso, puro, calculado, en una palabra para hacer valer fácilmente el acierto de sus juicios y las galanas fulguraciones de su fantasía. Sí, entre nosotros, por lo menos, hay ya muchos que escriben un español numeroso y discreto, que no necesita de iniciación previa, ni del continuo abaniqueo de diccionarios propios y extraños.

Pero, aun creyendo en peligro nuestra castiza habla, ¿cómo dudar que la salve una vez más aquel ingenioso Hidalgo que, ya en el caso del Gongorismo, contribuyó á hacerlo con incontrastable eficacia? ¿Quién podrá combatir una literatura, que trae por arreo principal la hipérbole; quién vencerla y anonadarla, como ese ya universal campeón que viene siglo tras siglo, proclamando sin réplica que toda exageración, aun la misma de la virtud, conduce inevitablemente al ridículo? Ni ¿cuándo habrá capitosos fantásticos que no convengan al fin, con el donoso escudero en que lo más seguro para todo humano intento es ampararlo en la sana razón? El Quijote así, con la eternidad de su filosofía, ha escudado la del lenguaje en que está escrito, siempre propio, siempre discreto, siempre cautivador. ¿Dónde hallar palabras y formas que puedan innovarlo ventajosamente, que no le quiten, que le den, que lo hagan más claro, más expresivo, más armonioso?

Ni me ocurre siquiera pensar con algunos que el rebuscado lenguaje, objeto de las observaciones asentadas, pueda, asociándose al naturalismo regional, contribuir á la creación de una literatura exclusiva que habría de llamarse nacional por referirse á nuestra naturaleza y á nuestras costumbres. Error! ni la una es tan especial, ni las otras, gracias á la extensión de la cultura europea, difieren tanto que puedan imprimir sello de originalidad á lo que pensemos ó escribamos. Tampoco, en terreno tal, puede decirse que disientan hasta establecer una tangible distinción las

literaturas de los diversos pueblos. Estúdiense, si no, y se verá que la alcanzan apenas en poquísimas imágenes, y ello, si se medita, sólo nominalmente. Las flores sirven siempre y donde quiera para representar todas las virtudes y excelencias de la mujer, desde el candor hasta la belleza: la rosa tiene idéntica gerarquía y casi el mismo nombre en todas las literaturas de nuestro conocimiento; el león y el águila representan el valor, la fuerza, la agilidad, el ímpetu y todas las grandes dotes físicas del hombre; las horas crepusculares y las estrellas se ven con los mismos ojos por todos los poetas; el vino es tan dulce y perfumado para Salomón, como para Anacreonte y Hafiz; la canción del amor, finalmente, no ha variado de letra sino de nota desde el Paraíso.

En esencia se halla que las concepciones religiosas son lo único que da fundamento á diferencias que puedan hacerse notar; de modo que sólo las diversas teogonías, quizás por introducir variaciones sensibles en la moral, cambian la forma, exclusivamente la forma, del pensamiento que, hijo de la razón, es absoluto como ella para toda la humanidad y para todos los tiempos. De ahí el clasicismo que parte de Homero y Hesiodo, y el romanticismo que apunta con Calderón en la España inquisitorial. De ahí la poesía de los diversos mitos, ninfas, huríes, ondinas, walkirias, etc., que forman el arsenal de los versificadores en todos los meridianos.

Pero nuestra poesía nacional, el calificativo lo dice, debe ser la que encarne el espíritu original de la Nación, y, terciándole la bandera, nos lo presente, por ejemplo, guiando los pasos de Bolívar, ó decidiendo á los cuarenticinco de Chacachacare; agigantando á los margariteños y empujando á los llaneros entre el polvo de las Queseras y las llamas de Mucuritas; consagrando la agonía de Girardot ó endulzando el sacrificio de Ricaurte.

Fortuna y gloria es tener en nuestra lengua el modelo acabado de esa literatura, en que, para mayor estímulo, caben toda proeza y todo paladín. Hablo, señores, del Romancero, obra insuperable en poético hechizo y gala de dicción. Allí, dando vida al más generoso heroísmo y sin las patrañas y fatigosa languidez de la epopeya, aparecen

los hábitos guerreros y sociales, y no pocas bellísimas descripciones de la naturaleza, escritos con el realismo más poético y encantador.

¿Por qué, pues, no decidirnos á la imitación de ese modelo inmortal? ¿Por qué creer que la literatura venezolana debe estar reducida á la copia de tipos rústicos, comunes á todo el globo, que se expresan corrompiendo y viciando el lenguaje? ¿No es esto casi una negación de toda literatura? ¿Podría tampoco sustraerse el criollismo á nuestras genialidades españolas, obra ya de siglos? ¿Lo hemos logrado por ventura en la política?

Si nos sentimos con genio para dar la inmortalidad, nada más noble ni más piadoso que consumar la de nuestros héroes, vulgarizando sus hazañas en romances y ligeros poemas, que enseñen á las generaciones venideras cuanto costó á nuestros mayores la libertad que nos legaron. Pero nos envanecemos fugazmente de ella sin agradecerla casi, y dejamos caer en el olvido, hechos que se intentaron para eterna memoria. Ah! cuántas proezas, que sólo vivían en la tradición, se han hundido ya para siempre en la sombra! ¡Cuan pocos de nosotros saben lo que da á entender el nombre del guaiquerí Adrián, y el de los dos llaneros Mujica!

No puedo ocultarlo, señores, casi estoy satisfecho: voy á terminar este discurso como desearía terminar la existencia; con el nombre de la patria en los labios: siento que invocándolo he desvanecido también todas las deficiencias de mi palabra, como que las pongo á la sombra de la bandera que amáis, para que con el deslumbramiento de su gloria y las debilidades de su amor, se esmere en ocultarlas de cuanto empeño se tenga en descubrirlas. Ah! y como agradezco al patriotismo que, amparando mi personalidad literaria en la de simple hijo de esta madre común, me permita, ya sin rubor ni embarazo, tomar el puésto que me ofrecéis entre vosotros. No lo haré empero, sin invocarla una vez más, para que antes de sellar mis labios me abra sinceramente vuestros corazones.

DISCURSO

LEIDO POR EL SEÑOR DOCTOR

D. JULIO CALCAÑO

EN CONTESTACIÓN AL ANTECEDENTE.

Hay flores emponzoñadas, señores Académicos, y laureles cubiertos de lágrimas....

El día de recepción de un nuevo compañero es considerado como día de fiesta, día de júbilo y esparcimiento que rompe los hielos de la muerte, rasga las luctuosas gasas, y derrama en torno uno como aliento de primavera, con esa indiferencia cruel con que la naturaleza aniquila y renueva todas las cosas. Pero vosotros sabéis que en el fondo de mi corazón, como también en el vuestro, se agita un dolor secreto; que se agolpan los recuerdos á la memoria y las lágrimas pugnan por salirse á los ojos. Desde el día que instalamos este Cuerpo, ¡cuántas tumbas al rededor nuestro! ¡Cuántos sillones vacíos!

Lejos de las tempestades del mundo, unidos constantemente como hermanos en el amor y en el trabajo, así vivíamos, anhelando la gloria de las letras y de la Patria; y la implacable segadora ha desolado nuestro campo; porque es ley el morir, y la dura muerte no se ablanda con lágrimas.

En medio de este regocijo de hoy, paréceme se alzan ante nosotros las sombras de aquellos varones ilustres; y nos contemplan, y van á hablarnos! Allí, mirad, como los veo yo, mirad allí á José Antonio y Eduardo Calcaño, pedazos de mi alma, parte de mí mismo, como animados los tres en un propio seno amoroso; allí á los Guzmanes, el venerable y prudente anciano, y el togado de carácter varonil y arrogante en la vida pública, mas mesurado y respetuoso en el templo de las letras; allí á Aníbal Domínici, talento luminoso y claro, discreto esclavo del

deber, que tenía el lauro académico como la más alta gloria, olvidando la luz que difundía el profundo saber del jurisconsulto; allí á Jerónimo E. Blanco, insigne facultativo, gramático entendido, y maestro mío, que desde temprano me inspiró amor á la Lengua castellana al ponerme en las manos como libro de lectura el compendio de Historia de Don Juan de Iriarte; allí á Fernández, el Bretón venezolano; allí á Sistiaga y á Morales Marcano, egregios latinistas y hombres de letras que hubieran honrado cualquier senado literario; al entendido letrado y diplomático Rafael Seijas; y entre otros más, meritísimos varones, al joven sabio cuyo elogio acaba de hacer la palabra autorizada del nuevo Académico, señor Don Pedro Arismendi Brito.

Al tomar asiento en esta Corporación el señor Don Pedro Arismendi Brito, lo hace por propio derecho y rigurosa justicía, pues lo tenía de antemano conquistado con sus profundos conocimientos filológicos, la seriedad é importancia de sus diversos trabajos literarios, lo bello y castigado de su estilo, y las virtudes de verdadero repúblico que ha ostentado en su larga vida de combate. Porque no es sólo él doctísimo escritor y poeta, sino también incansable y bizarro lidiador en la plaza pública y en los campos de batalla. Como los trovadores medioevales trae en una mano la lira y en la otra la espada.

Por esto, aun en sus versos más dulces y sentimentales, hay cierta vigorosa energía y un temple de comedimiento y mesura como de quien ha aprendido en la brega de la vida á dominar los arranques de las pasiones; y en sus críticas, aunque sometidas al método histórico y á las prescripciones científicas, una precisión y un modo particular de expresarse, que por la bizarría y la fuerza recuerdan la educación severa del soldado. Y esto, á pesar de ser admirador fervoroso de Don Andrés Bello, á quien le quedaba todavía mucho de la frialdad pseudo-clásica del siglo XVIII; pero esta nerviosidad del estilo á nadie perjudica, y antes es mérito que defecto, pues da interés al escrito, y determinando en el alma una impresión vivaz es causa de que el lector no olvide lo que ha leído, y conserve por largo tiempo en la memoria conceptos y rasgos notables; lo que no acontece con el estilo flojo y débil, que

hace se desvanezcan aun los más hermosos pensamientos y los tropos más bellos.

En no pocos de sus trabajos literarios ha comprobado el señor Arismendi Brito su espíritu investigador en materia de filología y lingüística, con pulso seguro y noticias y autoridades incontestables; y esto sólo bastaría para comprobar el acierto de la Academia al elegirle, pues su adquisición será una garantía más de la bondad y disciplina intelectual de sus trabajos. Para estos no bastan el talento y el ingenio, ni la sabiduría misma; necesítase algo más: necesítase paciencia y laboriosidad de benedictino, sagacidad no común, firmeza de criterio, luz, mucha luz en el cerebro, y un perfecto conocimiento del idioma, de sus orígenes, y de la fuerza evolutiva y renovaciones del lenguaje humano.

A esto, y á escritos de orden histórico, en los cuales campean vastos conocimientos y la probidad y el patriotismo, se refieren todos los trabajos hasta ahora publicados por el señor Arismendi Brito; y aunque su obra es copiosa, en largos años de asídua aplicación á las letras, siento profundamente no poder analizar ninguno de sus escritos por hallarse todos esparcidos en hojas periódicas; que no sucede entre nosotros como en Francia é Inglaterra, Italia y Alemania, donde existen casas editoriales que adquieren y dan á luz las obras científicas y literarias; y es ello de sentirse, porque perdemos así un tesoro intelectual, y son las letras y las ciencias las que dan incontrovertible testimonio del adelantamiento, importancia y civilización de los pueblos, pues no de sólo pan vive el hombre.

Pero el importante discurso que acabáis de oír y sugiere sobradas ideas por los problemas que tantea, singularmente el de la imaginaria lengua americana y el del llamado decadentismo, es por sí sólo comprobación valiosa del talento y el saber de tan docto hombre de letras.

Con sincera modestia, que hace resplandecer sus méritos literarios y la pureza de sus canas, nos acaba de presentar el señor Arismendi Brito un acabado bosquejo de los merecimientos y virtudes del señor Fombona Palacio, cuyo sillón viene á ocupar en este Cuerpo. Nada pudiera yo agregar á lo que á tal respecto acaba de decir el orador,

sino sugerir la razón de la rara memoria, de la pasmosa erudición, y aun de las claras virtudes que singularizaron la vida del joven sabio.

Bien que tuviese otros hermanos, nacidos unos antes y los otros después que él, Manuel Fombona Palacio fué como el Benjamín de la casa. Su señor padre, varón de sólidos estudios y poeta y prosador aprovechado, le tuvo siempre como en enfaldo y mimo. En el hogar ó fuera del hogar, su inseparable compañero era. Sirvióle de amigo y de maestro; depositó en él todo cuanto sabía, que era mucho; le enseñó á estudiar, á pensar, á investigar y trabajar como hombre de letras; y se dió á hacerle desarrollar la memoria por medio de la retención de largos y escogidos escritos de prosa y de verso; en lo que tal vez estuvo á punto de ocasionarle gravísimo perjuicio, porque generalmente no se logra el desarrollo excesivo de una facultad sin detrimento de las otras. Si el talento de Fombona Palacio era perspicaz, si su criterio era sano, y admirable su erudición, su memoria rayaba en lo inverosímil; era algo que mareaba y maravillaba. Bastóle leer el inmensurable discurso de recepción de Castelar en la Real Academia Española para que nos lo recitase en la Venezolana sin equivocar ni un solo vocablo, y lo mismo aconteció con el poema intitulado *Dolores*, de Don Federico Balart.

La memoria mía es como leona salida ó como pieza de caza levantada. Como loca, ya se ha dejado ver alguna vez; como infiel no hay otra; y de ingrata ninguna le gana. Pero tenía yo á Don Manuel Fombona Palacio para enderezarme estos tuertos y socorrer mi indigencia. —Venga usted acá, Don Manolito, le decía yo: he leído tal cosa en cierto libro, y necesito la cita, pero no recuerdo con precisión ni el autor ni el lugar.

Meditaba él un instante, y luégo respondía con seguridad:

—Abra tal tomo de tal autor, y en la página cual encontrará usted lo que busca.

Y esto cuando él mismo, con su ingénita bondad de sabio, no se apresuraba á traerme el libro. Y todo salía á pedir de boca, como lo sabéis todos vosotros, señores Académicos, que estáis maravillados aún de aquella singularidad.

Facultad tan prodigiosa le sirvió más tarde con gran provecho suyo y de la República para las difíciles cuestiones que le correspondía ventilar en el cargo público que desempeñaba. Era un archivo y una biblioteca ambulantes.

Nunca, tampoco, pudo decirse con mayor acierto que el estilo es el hombre. Bien mirado y modesto en sus maneras y lenguaje, así era en su vida pública y en la privada, y sus escritos reflejan estas calidades en la forma y en el fondo. Honesto y puro, exhalaba la honestidad y la pureza como una flor su aroma. Un terno, un porvida, una frase cruda, le estremecían los nervios como un cañonazo inesperado. Temblaba, sí, y ya se deja comprender por qué, pues de cobarde nada tenía; yo le ví demostrar en ocasión imprevista que tenía el ánima entera y fuerte; mas por mesura y bien parecer era hombre que estaba siempre previendo el daño, y por nada hubiera querido comprometerse en lances aventurados.

Con tal temperamento diplomático, con tal espíritu, amigo de su conveniencia y tranquilidad, sagaz y conversable, culto y reservado, estaba como en casa suya en el Ministerio de Relaciones Exteriores, y desacertado hubiera sido sacarle de allí. En los documentos que expedía y en sus escritos de todo género, se ve lo sufrido de su labor: contorneaba la frase, y estudiaba y pesaba el vocablo de tal modo, que imagino que las más de las veces debió de perder en ello mucho tiempo que pudo aplicar á cosas de mayor provecho. Era un carácter semejante al de Adisson, más literario que político, y mucho más sincero porque fincaba todo su mérito en el cultivo de las letras. Pero la educación puramente clásica que recibió de su señor padre y el amor y la admiración que desde temprana edad le inspiró éste por determinados poetas clásicos de España, perjudicaron acaso su inspiración y su gloria, porque de aquí procede su exclusiva predilección por la forma, y el fenómeno de que tan fervoroso católico gustase tanto de la antigua mitología, cuyos dioses, que representaron altas ideas, murieron hace largos siglos y hoy no representan sino gloriosos recuerdos. (1).

Así y todo, sus versos son siempre robustos y melodiosos, y á la vez que manifiestan la pureza con que ma-

nejaba el castellano, revelan un profundo estudio de armonía, de tal modo que el alma del lector, como sucedía al autor, se concentra toda en el oído cual si resonase una música divina.

La admiración y el afecto que profeso, señores Académicos, al hombre de letras que fué en este Cuerpo compañero inseparable mío, me han hecho extender en este punto más de lo conveniente al hablar del discurso del señor Arismendi Brito, pero todo corazón bien puesto habrá de perdonarme.

Siento en el alma que la brevedad señalada á los discursos de contestación no me dé espacio para profundizar con mi pensamiento en las cuestiones á que se refiere el señor Arismendi en su notable disertación. Son estas tántas y de tal naturaleza que estudiándolas tranquilamente podrían llenarse no pocos volúmenes. El autor las ha tratado sabiamente, como mejor se podía en una pieza oratoria.

De la conservación del castellano en Venezuela y de los arcaísmos que prevalecen en la República, olvidados ya muchos en la Península, hablé extensamente en la obra que publiqué acerca de nuestro lenguaje. Parte constitutiva de todas las lenguas, el arcaísmo es testimonio vivo de estirpe legítima y gloriosa antigüedad de los elementos del idioma. Hijos de españoles, conservamos la herencia de nuestros progenitores, aun con los deshechos aglomerados por los siglos, porque ellos atestiguan la nobleza de nuestro linaje. Y aquella lengua y aquella

(1) En el juicio de *Satana é le Grazie*, leyenda del Prati, sienta el célebre crítico De Sanctis que el poeta moderno puede emplear en su poesía las formas mitológicas de todos los tiempos, á condición de darles tal novedad que parezcan nuevas creaciones. Adhiérome sin dificultad á tal parecer; pero el De Sanctis presenta como nuevas creaciones el Minos y el Cancerbero del Dante, que dice diversos del Minos y el Cancerbero clásicos. Cuanto al Cerbero, pase; pero si el Minos del Dante no es el de Homero, tampoco es una creación nueva del inmortal poeta florentino, porque el mito de Minos, como juez de los infiernos, se encuentra en Platón (*Axiocus*), y en Sócrates (*Gorgias* y *Apología*). En Virgilio, Minos es Cuestor, y Asesor en Propercio.

poesía popular y cristiana que vinieron al mundo después de la victoria de Covadonga, ya libre España de la opresión de los godos, que la mantuvieron muda, y de la porfía con el sarraceno, que acrecentó sus laureles; aquella lengua y aquella poesía que florecieron con el rudo canto de los montañeses vencedores en los desfiladeros de Roncesvalles y con los cantos heroicos del Campeador, son títulos de gloria que nos pertenecen, llenaron el mundo con la limpieza de su hermosura, y son siempre admiración de propios y extraños por las eminentes calidades que las avaloran. Sin duda que después de las grandes turbulencias sociales y políticas sobreviene el florecimiento de las letras y las artes, á la manera que cesadas las tempestades de la naturaleza se visten los campos de regocijo, porque todo en el mundo está sometido á una ley de equilibrio moral y material que manifiesta la sabiduría del Criador, y es de la sombra de donde brota la luz, y entre espinas donde nacen lo hermoso y lo delicado de la rosa. Esta comparación con la naturaleza me trae á las mientes, señores, que también como el año tienen el hombre y los siglos primavera esplendorosa y triste decadencia. La primavera del siglo XIX dió comienzos después de 1830, con aquella generación brillante que llenó el mundo de obras inmortales y abrió amplios horizontes á las letras y á las artes, sepultando el frío y amanerado pseudo-clasicismo de fines del siglo XVIII. Entonces tuvimos nosotros poetas y prosadores como jamás los habíamos tenido; poetas como Bello y Maytín, Toro y Yepes, los Calcaños y Escobar, Pardo y Luis Blanco; prosadores como Baralt y Toro, González y Guzmán, y tantos otros más que llevaron el nombre de la patria á lejanas tierras. A fines del siglo, la literatura, que había mantenido el florecimiento determinado por aquellos varones, empezó á decaer. Vientos mal sanos que soplaban del exterior, y la corrupción entronizada por una vida de desaciertos propagaban el germen del mal. Así fué siempre en todas partes y en todas las épocas, como que ello obedece á leyes biológicas que tienen que cumplirse imperiosamente. Corrompidas las costumbres, relajada la fibra del patriotismo, sometido el pueblo á la esclavitud de la materia y de la ignorancia, como resultado de largos años de desgobierno y de violen-

tos períodos de despotismo, las ideas tenían que corromperse y expresar el desaliento, la licencia y la torpeza de los instintos sensuales. La verdad, la libertad, la patria, la justicia, son entonces, para el mayor número, palabras huecas y vacías; y la influencia extranjera en las letras, en las artes, y en las costumbres, encuentra franco y llano el camino para establecer su imperio; viéndose entonces lo que el señor Arismendi Brito acaba de calificar de *deslealtad*, al observar que algunos jóvenes pretenden preferir el francés al castellano. No sólo pretenden preferirlo, sino que ha habido entre ellos quienes sienten, con menesterosa razón y mayor pobreza de estudio, que el francés es superior al castellano, cuando no es posible que un idioma cuya construcción está sujeta al orden lógico, pueda compararse con uno que tiene la libertad de construcción del castellano. Precisamente por esto es tan difícil distinguir el estilo de los escritores franceses, como si todos sus trabajos literarios saliesen de una misma pluma, mientras en el castellano es innumerable la diversidad de estilos, y todos llevan señalado con mayor energía el carácter y modo de ser del autor. Respecto á riqueza de vocabulario, gánale asímismo el castellano. Nuestro ilustre compañero el señor Conde de Casa-Valencia acaba de favorecerme con un laborioso trabajo suyo que resuelve la cuestión de modo inapelable. Impulsado por el más noble patriotismo, ha tenido la paciencia de hacer un examen comparativo de las últimas ediciones de los Diccionarios de las Academias francesa y española, y de él resulta, cuanto al vocabulario, que el número de vocablos que define el Diccionario francés monta á 30.625, y el del español á 59.227, superando así el castellano á aquel idioma en 28.602 voces, cifra que se acerca mucho al total de los términos franceses.

Pero, ¿por qué asombrarnos, señores, de la deslealtad de los que prefieren la lengua francesa, olvidando el imperio de que ha gozado la hermosa y enérgica lengua de Castilla, y que los mismos hombres de letras de Francia se lamentan de la dureza de sus versos en comparación con los italianos, castellanos é ingleses? ¿Acaso niegan ellos lo que su literatura y su lengua deben á la influencia de las castellanas? Aun las simples cartas de Antonio

Pérez del Hierro, el insigne cuanto desgraciado valido de Felipe II, enriquecieron el francés con giros nuevos y nuevos vocablos, como lo atestiguan los literatos franceses de aquella época.

Defecto de raza es este de negar las propias glorias, de envidiar á los hombres notables de la Patria y menospreciar las calidades del idioma, al mismo tiempo que juzgan superior todo lo extranjero. Entre otros apologistas de España, nacionales y extranjeros, ya han apuntado este mezquino prurito Masdeu, Forner y Altamira. Es una herencia fatal que la corrupción de los tiempos ha recrudecido de este lado de los mares.

¿Cómo extrañar así la inquina y las injurias contra las Academias porque no aceptan tales ó cuales barbarismos que individuos indoctos presentan como corrientes y necesarios? No hace mucho tiempo que hubo por el Perú quienes pretendieran que la Academia Española les aceptase gran número de voces exóticas y casi todas desconocidas en la mayor parte de estas Repúblicas.

Recuerdo entre otras *palangana*, por *pedante; pechuga*, por *exceso de confianza; cogotudo* por *acaudalado; bachicha*, por *extranjero;* y *ñeque*, así: ÑEQUE, por *coraje, valor, bizarría.* Medrados estaríamos, con el *ñeque* del Campeador y de Napoleón, de Bolívar y de Páez, pues tal vocablo parece más bien indicar algo así como una enfermedad cancerosa ó una nueva morisqueta.

De este sabio rechazo viene el hablar de la creación de una lengua hispano-americana, como si en la propia naturaleza del lenguaje no estribase el fundamento de su existencia y autoridad, y como si alguno hubiese tenido nunca poder bastante para crear ni reformar lengua ninguna. Aun cuando en períodos de turbulencia y decadencia adquiera una lengua términos exóticos ó impropios, siempre, cuando llegan las épocas de calma y adelantamiento en que el talento y el saber establecen su imperio, ella misma, por necesidad de conservación los va eliminando, como el cuerpo los humores morbosos cuando la naturaleza reacciona en provecho de la salud. Tal fenómeno, completamente natural, se ha visto en el castellano, y en todos los idiomas; como es asimismo natural la adopción de adefesios por las personas indoctas, pues el vulgo,

prendándose siempre de novedades, se ufana de entendido á la medida de sus alcances. El filósofo de Ferney, hablando de la corrupción de la Lengua francesa, en carta de 5 de enero de 1767, dirigida al abate de Olivet, sienta por esto, con sobra de verdad, que en cuanto una expresión viciosa aparece, la multitud se apodera de ella. Mas, ¿qué escritor instruido escribirá entre nosotros *condolencia*, por *pésame; desapartar*, por *despartir; ponchera*, por *palangana* ó *aljofaina;* y otros barbarismos de la laya?

Tampoco es cierto que la Real Academia Española rehuse dar entrada en el diccionario á los vocablos legítimos usados en la América hispana. Son innumerables los que ha colocado en él, presentados por las Academias Mexicana, Colombiana, Ecuatoriana y Venezolana.

Poco tiempo ha que el sabio Don Eduardo de Saavedra, después de sentar que entre los americanos que más habían contribuido á mejorar el nuevo Diccionario se contaban Riva-Palacio, Seijas, Tejera y el que os habla, agregaba: "Se ha reunido así un caudal de más de cuarenta mil papeletas, con observacíones utilísimas, unas porque desde luego dan solución á los defectos señalados, y otras porque, sin acertar por completo con ella, han fijado la atención de la Academia sobre el punto discutido."

Lo que acontece es que tal trabajo es en extremo arduo y difícil; que necesita laboriosidad, saber y espíritu sagaz que no tiene el común de las gentes; y que un Cuerpo docto y serio no puede aceptar tales barbarismos, aunque se los recomiende el más reputado de los lingüistas del orbe.

¿Cómo va á aceptar los que he indicado en este escrito y los que señala y condena el señor Arismendi Brito? ¿Cómo aceptaría que se dijese *seibó* ní *saibó* de lo que se llama *aparador?* ¿Por qué va á disponer que se diga *paraván* en lugar de *biombo*, de *mampara*, de *cancel?* ¿Por qué *convoy* en vez de *taller* ó *aceitera* ó *angarillas* ó *vinagreras?* ¿Por qué y cómo pondría en el léxico *seibo* con la significación de *ceiba*, cuando *seíbo*, vocablo indígena de las Repúblicas del Plata, es el nombre de un árbol de familia distinta de la de nuestra *ceiba*, nombre este que le pusieron los españoles por parecérseles las hojas, cuando

en la época de la muda lo vieron, á las algas marinas, en árabe *zeba?*

En esto de vocablos impropios tengo que defender á los decadentes. No han formado ellos el vocablo *exquisitez*, que indica el señor Arismendi Brito. Hanlo usado como gran novedad y cosa de provecho, por no estar al tanto del idioma, pero su invención es nada menos que de un celebrado hablista castellano. Sí, señores Académicos, de un hablista que hoy lamenta este y otros pecadillos (2); porque no hay quien no peque, y un escritor enteramente perfecto sería una maravilla, que todavía no se ha visto en el mundo. Las autoridades de la lengua son simplemente relativas. Si se estudia el nuevo vocablo y se le encuentra mal, ya no hay autoridad que le valga. Esta *exquisitez* le salió un día á Don Juan Valera, como le sale al más pulcro una verruga. Alguien, en junta de la Real Academia Española, acaso por darle bromas á Don Juan Valera, presentó tal voz, apoyándola en la autoridad de un texto de este excelente literato, el cual se hallaba presente. Combatióla con dureza el erudito Don Antonio María Fabié; combatiéronla otros de los más señalados Académicos, y forzado Varela á defenderse dijo que "no le era posible sostener todos los pecados que había cometido durante su larga vida, y en este caso se sometía al fallo de la Academia." Falló en contra suya el ilustre senado, y el Conde de Cheste cerró cortésmente la discusión diciendo que aquel término "era uno de tantos que aun los Académicos suelen echar al mundo, de vez en cuando, á ver si prenden, pero que como éste no había prendido, creía lo mejor volver á arrojarlo al limbo." Doy fe de este hecho, porque se encontraba presente nuestro compañero y amigo mío, el celebrado jurisconsulto y literato argentino Don Ernesto Quesada.

Nada pudiera yo agregar á lo que doctamente acaba de sentar el señor Arismendi Brito acerca de lo que llaman decadentismo; mas creo que el conceptismo de Alonso de Ledesma, y el culteranismo de Góngora, que en Italia se llamó *secentismo* ó *marinismo*, en Francia, *pleyade* y en Inglaterra *eufoísmo*, se debió en gran parte á la influen-

(2) Aun vivía el señor Valera cuando se escribió este discurso.

cia que la literatura italiana ejercía en aquella época. En el siglo XV, ya habían aparecido en Italia los *ciceronistas*, unos cuantos feroces latinistas que intentaban reformar el lenguaje común. Luégo aparecieron el *pedantismo*, el *humanismo* y el *fidenzismo*, así llamado de Fidenzio Glottocristo Ludimagistro, de quien el Conde Camilo Scrofa coleccionó algunos sonetos, y varias otras composiciones ligeras, como á mediados del siglo XVI. Casi al mismo tiempo que Góngora en España, y con semejantes defectos literarios, se hizo notable en Italia Juan Bautista Marino, que creó y dió auge, aunque efímero, á la secta *secentista*. Por aquellos mismos tiempos imperó igualmente en Italia el *conceptismo*. Ciro de Pers, que sufría de mal de piedra, decía en un soneto referente á su mal: "Yo sé que sobre estas piedras aguza la muerte sus armas, y que el mármol de mi tumba crece en mis entrañas." Lo que no se diferencia gran cosa de aquella "media luna las armas de su frente y el sol todos los rayos de su pelo pace estrellas en campos de zafiro," de la *Soledad* primera de Góngora; ni de muchas de las lucubraciones de los pocos que en nuestro país se torturan el cerebro de igual modo para aparecer *artistas*, como ellos dan en llamarse.

Este decadentismo venezolano es generalmente una mala imitación del decadentismo afrancesado de Rubén Darío y de un señor Lugones, del Plata; pero no hay paridad entre Rubén Darío y Lugones, porque Darío es un verdadero hombre de letras, si extraviado muchas veces, como Góngora, autor, como Góngora, de trabajos imperecederos, por el ingenio, el gusto y el sentimiento. Valgan algunas de sus poesías, y no pocos de sus cuentos y estudios literarios. De Verlaine, á quien gustan de citar, nunca logran imitar los aciertos, sino los defectos de rima. Lo curioso es que mientras ellos divinizan á Góngora, como sienta el señor Arismendi Brito, los dioses de Rubén Darío son Carlos Baudelaire y Walt Whitman. Pero, ¿en qué se parecen Baudelaire y Whitman? En nada, señores. Baudelaire, con todo su escepticismo, con su culto á la belleza y á la voluptuosidad, es un artista de la forma como Teófilo Gautier, y un poeta de mérito, aunque insensible y sin pasión, y dado á los amores venales y á las evocaciones turbadoras y exóticas. A penas se le encuen-

tra un vago sentimiento en la *La Chanson de Mussette* y en *Le Flacon*, que son sus mejores composiciones. Su obra fué escasa, y en ninguna parte de ella incurrió en los delirios métricos del decadentismo.

Walt Whitman, el poeta de la democracia norte-americana, sí es decadente, y maestro del decadentismo. En leyendo sus obras se siente el alma penetrada de que hay cierta degeneración en el autor y en la poesía que cultiva, llena de reminiscencias métricas de los cantos primitivos. Es él quien ha intentado establecer lo que llaman *evolución de la forma rítmica.* En el volumen de poesías intitulado *Leaves of Grass* (Hojas de Hierba), que contiene 384 cantos, y en la pequeña colección de 60 páginas *Poems*, se ve el intento del pretenso reformador de la métrica inglesa. Ajustadas á ésta, aunque con algunas irregularidades, hay composiciones de verdadero mérito, como el canto *O Captain! My Captain!* que se lee al final del poema inspirado por la muerte de Líncoln, y que es lo mejor que ha escrito. En otros cantos tiene rasgos de sublimidad, si bien, al leer, por ejemplo, la jubilosa exultación *Death Song*, con que saluda á la muerte en la hora postrera, se siente la falsedad del sentimiento, porque nadie ha lanzado tan increíble grito de alegría á las puertas de la eternidad. Pero hay otras composiciones, y son las más, que son una verdadera locura, porque versos de tres sílabas, v. g., alternan con versos que por su desmesurada extensión, formados de varios ritmos sencillos, paran á las veces en pura prosa y fatigan el espíritu. Otras resulta de ellos una cadencia extraña y monótona, como el sonido bronco y compasado de una máquina. Rara vez hay proporción métrica, y es muy común la vaguedad del ritmo. ¿Y qué novedad y vida tiene el formar versos desmesurados con versos simples, y establecer la rima sin sujeción á las leyes armónicas? Así, el señor Chocano, del Perú, cree que ha inventado un nuevo duodecasílabo, porque escribe versos formados de tres versos tetrasílabos. No hay pretensión más infantil.

Cuanto al fondo de sus poemas, Walt Whitman se ha lanzado por donde ha creído encontrar la fama. Es un hombre ansioso de singularizarse.

A imitación de Víctor Hugo, que soñaba con la terminación de las guerras y el imperio de la paz universal, y

del Conde Tolstoy, que sueña con la época patriarcal y el reinado de la Biblia, Walt Whitman sueña con el cosmopolitismo y la consiguiente confraternidad universal, cosas todas de soñadores, y que, por desgracia, todavía están muy distantes de poder llegar á ser patrimonio de la humanidad. El mundo hoy parece una gran jaula de locos. No obstante, debe confesarse que el propósito de estos tres poetas encierra algo de sublime, porque, al fin, ellos sostienen un ideal, y no hay ideal que no contenga en sí espíritu de sublimidad. El ideal es de los hombres de alma fuerte y elevada, de los magnos pensadores y los grandes corazones. Vale esto más, aunque sea ilusorio, que el sensualismo y el positivismo de los seres mediocres para quienes la materia es todo, y nada las delectaciones y las conquistas del espíritu. El mundo no es paraíso, sino infierno de dolor, y huyendo á la crueldad de la naturaleza debemos refugiarnos en el ideal.

Por otra parte, señores Académicos, el señor Arismendi Brito está en lo cierto al hablar del idioma castellano y del decadentismo en nuestra patria. No veo peligro ninguno entre nosotros para la lengua castellana, que no tiene aquí que combatir sino contra la invasión de vocablos extranjeros; como no lo ha habido en España, donde, además de tal invasión, existen de frente las lenguas catalana y eúskara, y el bable y otros dialectos vernáculos.

Cuanto al decadentismo no llegan á una docena los jóvenes venezolanos que luchan por establecerlo en el país, y pertenecen casi todos á la cuarta generación del siglo XIX. La vigorosa juventud que hoy se levanta tiene más elevadas miras y conciencia más firme de la alteza de la patria, de las letras y de la gloria, y constituye una esperanza para la estabilidad y progreso de la República.

A alcanzar tan grandes bienes propende en la medida de sus facultades esta docta Corporación, que, por la utilidad de su existencia, ya comprobada, me impulsa á felicitar á la Real Academia Española, que adelantándose á los tiempos, como si hubiese columbrado señales de tempestad, creó las Academias Americanas, que á una con ella trabajan por la conservación, perspicuidad y esplendor del vigoroso idioma castellano.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00032485365